

## Ricardo Otheguy

Fundador y co-director del instituto RISLUS (*Research Institute for the Study of Language in Urban Society*).

Ha sido becario Fulbright en dos ocasiones. Ha participado en conferencias en universidades y centros lationamericanos y españoles, en México, Montevideo, La Habana, San Juan y Salamanca, así como también en centros de estudio en Alemania, Francia y Suecia. Sus investigaciones han sido costeadas por la *National Science Foundation* y el *Rockefeller Brothers Fund*.

Además de su actividad como docente e investigador, ha apoyado el desarrollo de las escuelas bilingües de la ciudad de Nueva York; ha desarrollado materiales para la enseñanza del español a niños hispanohablantes en EE. UU. y es coautor de *Tu Mundo: Curso para hispanohablantes*, y de la *Prueba de ubicación para hispanohablantes*.

Es autor de más de cincuenta artículos y reseñas, publicados en las principales antologías y revistas, entre ellas *Language*, *Language & Society*, *Modern Language Journal*, *Harvard Education Review*, *Applied Linguistics Review*, *The Bilingual Review*, *Hispanic Linguistics*, *International Journal of the Sociology of Language*.

Profesor emérito de lingüística del Centro de estudios de postgrado de la City University of New York (CUNY)



# EL ESPAÑOL en los Estados Unidos

Ricardo Otheguy

**L**a población de origen hispanohablante de los EE.UU. suele subdividirse en grupos generacionales. Los sociólogos clasifican como de primera generación (G1) a los inmigrantes nacidos en Latinoamérica (hay pocos nacidos en España), y como de segunda o tercera generación (G2, G3) a sus hijos o nietos nacidos en los EE. UU. Aunque la mayor parte de los hispanohablantes de EE. UU. somos, como es de esperarse, de G1 o G2, se encuentran también hispanohablantes entre latinos de G3. Existen, además, importantes enclaves que no tienen orígenes migratorios, como por ejemplo los antiguos asentamientos en partes del estado de Nuevo México donde ya habitaban los antepasados de los hispanohablantes de hoy cuando sus territorios eran todavía de jurisdicción mexicana.

Según las cifras que ofrece el Censo de los EE. UU., donde se pregunta sobre la lengua que se habla en el hogar del encuestado, y si además se tienen en cuenta los muchísimos latinos indocumentados que no aparecen en las cuantificaciones oficiales, los hispanohablantes del territorio estadounidense constituyen una de las aglomeraciones hispanófonas más grandes del mundo, sumando entre 35 y 40 millones. El número es comparable al de hispanohablantes argentinos, colombianos, o españoles, y probablemente sea solo superado por el de mexicanos. En ciudades como Los Ángeles, Miami y Nueva York,

los residentes hispanohablantes conforman una gran proporción de la población total. En estas ciudades, ya son de lejana memoria los letreros que, en oficinas y en vidrieras de establecimientos comerciales, anunciaban en décadas anteriores «Se habla español», porque hoy en día se da por hecho que en todas las oficinas y en todos los comercios siempre habrá un empleado, o muchos, que hablen español.

La mayoría de este gran grupo hispanófono es de origen mexicano, aunque existen fuertes contingentes procedentes de los países del Caribe y de Centroamérica y América del Sur, y aunque no exista, además, país hispanohablante en el mundo que no haya contribuido en alguna medida a la población hispanounidense. En cuanto a la distribución geográfica de esta población, las décadas recientes han registrado un proceso de dispersión, y así resulta cada vez menos cierto que los latinos de origen mexicano y centroamericano se concentren en los estados del Oeste, más cercanos a México, y que los de origen caribeño estén solo en la Florida o Nueva York, o en general en los estados del Este, más cercanos al Caribe; hoy en día la población de origen mexicano y centroamericano se encuentra por todo el país, y tampoco faltan cubanos, dominicanos y puertorriqueños en las zonas occidentales. Como

---

*En muchos lugares donde conviven hispanounidenses de diferentes orígenes surge la nivelación dialectal, o sea, la tendencia de los hablantes de distintos orígenes a adaptarse los unos a los otros en sus repertorios y usos lingüísticos*

---

parte de este proceso de dispersión, también está en vías de desaparición el viejo patrón demográfico bajo el cual los hispanounidenses habitaban mayormente los centros urbanos, con escasa presencia (a excepción de los trabajadores agrícolas temporeros) en las zonas suburbanas o rurales; hoy en día encontramos latinos en los EE. UU. tanto en los suburbios y en el campo como en los viejos asentamientos ciudadanos. En cuanto al nombre de la lengua, los latinos de EE. UU. generalmente llaman a su lengua ‘español’ (y cuando hablan en inglés le llaman ‘Spanish’), siendo de utilización muy limitada cualquier otra apelación. En el uso espontáneo o natural, a niveles populares, y en la prensa escrita, televisiva o radial, y en los usos oficiales, se oyen muy pocos vocablos tales como ‘castellano’ o ‘espanglish’, aunque este último tenga una acepción que ha resultado útil en el discurso de algunos investigadores universitarios, para referirse, no ya a la lengua de los latinos de EE. UU., sino a muchas de nuestras prácticas de habla. Por su relativamente baja incidencia, son de poco interés los usos de espanglish que aparecen en algunas producciones literarias artificiosas, o en la prensa extranjera, o en rincones de internet, así como poco nos dice sobre la extensión del vocablo su reciente apadrinamiento por parte del DRAE.

En cuanto a generación, del total de personas que informan al Censo que hablan español en su casa, un 46 por ciento son inmigrantes y un 54 son ciudadanos nativos de los EE. UU. Al igual que en otras zonas donde el español comparte el territorio con el catalán, el euskera, el gallego, el mapuche, el náhuatl, el quechua o el zapoteco, en los EE. UU. la mayoría de la población hispanohablante es bilingüe, siendo para muchos el español la lengua de uso más natural, aunque para otros lo sea de uso secundario. Pero a diferencia de estas áreas de bilingüismo, donde la escolarización primaria

en español está muy generalizada (y es a veces la única), predomina en los EE. UU. la instrucción primaria de los hispanounidenses bilingües en inglés, lo cual quiere decir que para muchos de ellos, sobre todo los de G2, el trato con el español escrito es distante y limitado. Los rotativos hispanos de los grandes centros urbanos de EE. UU., al igual que la televisión en español, encuentran sus muchos clientes mayormente entre los de G1. Y aun en la radio, y a pesar del éxito multigeneracional de la música latina, son minoría los radioescuchas de G2 o G3.

En sus rasgos fonológicos y léxicoestructurales (en sus sonidos y en los significados de sus palabras, morfemas y construcciones), el español popular de los EE. UU. es, en general, y con excepciones que señalaremos más adelante, muy parecido al de los países de origen de sus hablantes. Algunos ejemplos: en los hablantes de origen mexicano se tiende a oír con claridad el consonantismo final de sílaba, incluyendo las -s de palabras como ‘estrecho’, ‘viernes’ y ‘árboles’, mientras que en los hablantes de origen caribeño predomina la tendencia a la pronunciación de sílabas abiertas (en ‘estrecho’, ‘viernes’ y ‘árboles’, las sílabas con -s final tienden a terminar en aspiración o en -e). El Caribe, donde el uso de los pronombres personales sujetos es frecuente (p. ej. *yo creo que tú sabes que ellos no vienen*), contribuye al ámbito estadounidense poblaciones de hablantes sumamente pronombristas; pero Colombia, Ecuador y México, donde el uso de los pronombres es más parco (p. ej. *creo que sabes que no vienen*), aportan a la población hispanounidense usuarios menos inclinados al uso del pronombre. Igualmente, si en el país de origen la segunda persona del verbo es palabra aguda, p. ej. ‘cantás’, y el pronombre es ‘vos’, así lo será entre esa población en los EE. UU.; si es palabra llana, ‘cantas’, y el pronombre es ‘tú’, así lo será también en los EE. UU.

Sin embargo, y a pesar de esta continuidad lingüística entre Latinoamérica y los EE. UU., sabemos que en los muchísimos lugares donde conviven hispanounidenses de diferentes orígenes regionales o nacionales cobra su impuesto el proceso al que los lingüistas llaman nivelación dialectal, o sea, la tendencia de los hablantes de distintos orígenes a adaptarse los unos a los otros en sus repertorios y usos lingüísticos. Por ejemplo, sabemos que en la convivencia entre centroamericanos voseantes y mexicanos tuteantes en Houston, se registra convergencia de uso, ganando terreno ‘tú cantas’ frente a ‘vos cantás’. Y cuando estas convivencias se dan dentro del propio hogar, suele suceder (¡cuándo no!) que la que gana es mamá: sabemos que los hablantes de, por ejemplo, padre mexicano y madre puertorriqueña en Chicago nivelan varios de sus rasgos, pero apuntando más hacia el Caribe, y al revés cuando el padre es caribeño y la madre es mexicana. De forma similar, y volviendo a los casos ya mencionados, los lingüistas hemos podido demostrar en nuestros



---

*La nivelación interdialectal es así uno de los pocos fenómenos que podrían llamarse distintivos del español de EE. UU., donde conviven personas que aportan a un acotado ámbito geográfico rasgos léxicoestructurales que se han fraguado en lugares muy distantes y diferentes entre sí*

---

estudios estadísticos que los caribeños de Nueva York y Boston que entran en contacto con hablantes mexicanos y sudamericanos tienden a adelgazar pronombres y a engordar la -s final de las sílabas, mientras que los colombianos, ecuatorianos y mexicanos que están más en contacto con caribeños registran una tendencia a adquirir más pronombres y una ligera inclinación a relajar la -s final. La nivelación interdialectal es así uno de los pocos fenómenos que podrían llamarse distintivos del español de EE. UU., donde conviven, aún más que en otros pueblos y ciudades hispanohablantes, personas que aportan a un acotado ámbito geográfico rasgos léxicoestructurales que se han fraguado en lugares muy distantes y diferentes entre sí.

Además de la nivelación interdialectal, los rasgos distintivos del español en los EE. UU. son en su forma (aunque, como veremos, no en su volumen) completamente paralelos a los del resto del mundo hispanohablante. En todas partes, el léxico local es muchas veces desconocido allende fronteras, y le resulta, al principio, sorprendente al visitante. Paralelos a los localismos léxicos de la Península, desconocidos en la mayoría del mundo hispanohablante, tales como ‘ascensor’ (‘elevador’), ‘gilipollas’ (‘necio, estúpido’), ‘paletó’ (‘campesino, rústico’) o ‘zumo’ (‘jugo’) hallamos en los EE. UU. las desconocidas palabras *lonch* (‘almuerzo’) o *jáiscul* (‘bachillerato, escuela secundaria’), y paralelos a los estrambóticos localismos morfosintácticos peninsulares, desconocidos en otras partes, como la doble preposición en ‘voy a por ellos’ (‘voy por ellos’), o el leísmo con referente inanimado en emisiones como ‘no se preocupe por sus pasaportes, les puse en la gaveta’ (‘los puse en la gaveta’), encontramos localismos estrafalarios en los EE. UU., tales como ‘ojalá que viene’ (‘ojalá que venga’) o ‘no te acuerdas teniendo el pelo teñido de negro’ (‘no te acuerdas cuando tenías el pelo teñido de negro’).

Como en muchos otros ámbitos hispanohablantes, el localismo estadounidense es de etimología extrahispánica. Si el visitante al Uruguay se sorprende ante el localismo ‘guri’ (‘niño, muchacho’), que sabemos que es de origen guaraní, o si el visitante a México se sorprende ante el localismo ‘zacate’ (‘hierba, césped’), que sabemos que es de origen náhuatl, el que visita los EE. UU. se sorprende ante el *lonch* y el *jáiscul*, y le llaman



la atención el *rialtor* ('agente inmobiliario'), el *sobbuey* ('metro, tren urbano, subte') y el *jon* ('asilo de ancianos'), todos los cuales tienen étimos ingleses (cf. *lunch*, *high school*, *realtor*, *subway*, *home*). Para estos vocablos, es corriente, pero poco feliz, el término técnico dentro de la lingüística *préstamo*, que conlleva como implicación obvia que, como en los financieros, hay en los préstamos lingüísticos dos participantes, un deudor y un acreedor. Pero no es así, pues ya hemos visto que los hispanohablantes de EE. UU. son en su gran mayoría bilingües. Quiere esto decir que el llamado préstamo no es un traspaso de un anglohablante a un hispanohablante, y de hecho no es traspaso de ninguna clase. Estamos ante un proceso de participante único, donde el hispanounidense echa mano de forma natural a cualquiera de los rasgos disponibles dentro de su propio repertorio léxico (sin preocuparse de finuras etimológicas). Estos ítemes léxicos son en muchos casos de ocurrencia unívoca y muy puntual, solo para un momento específico de habla. Pero en muchos otros casos los vocablos se extienden y se convierten en ítems socializados, y llegan a usarse con suficiente frecuencia como para que los llamemos préstamos. Cuando esto ocurre, ya no hay que ser bilingüe para usar el vocablo, pues se ha convertido en uso comunitario, oyéndose en labios de muchos que no hablan inglés. El inquilino que le paga alquiler a un *lánlor* muchas veces no conoce la palabra inglesa *landlord*, y el conocerla o no, ni le quita ni le pone ni un dólar más ni un dólar menos al pago mensual.

---

*El término  
'espanglish' se  
registra con  
relativa poca  
frecuencia  
en el discurso  
espontáneo  
de los  
estadounidenses*

---



Los elementos de etimología inglesa que se escuchan entre los hispanounidenses son, a veces, no ya una palabra, sino una frase o varias, diciéndose entre los lingüistas en estos casos que el hablante ha alternado o cambiado de código, o realizado una intercalación (ha hecho carrera el término inglés *code-switching*). Sin embargo, nuevamente aquí, como en el caso del préstamo, puede que estemos viendo las cosas al revés, desde la perspectiva del observador externo, más que desde la perspectiva del hablante bilingüe, quien probablemente ni alterne ni intercale sino que, como hemos visto, nos permite entrever su uso natural y desinhibido de la totalidad de su repertorio léxicoestructural.

Todos estos procesos, que en la lingüística suelen llamarse fenómenos de contacto, son iguales en los EE.UU. que en cualquier otro entorno bilingüe del mundo hispanohablante, o del mundo en general, aunque sus dimensiones sean posiblemente mayores en los EE. UU., dado el dominio numérico y político de la otra lengua (el inglés), y dado que, como hemos visto, la escolarización primaria en español es de alcance limitado. Es quizás este gran volumen de elementos de origen inglés, y sobre todo el desconocimiento de que son comunes y corrientes en

toda comunidad bilingüe, lo que permite que sobreviva, sobre todo fuera de los EE. UU., el término ‘espanglish’ que, como hemos visto, se registra con relativa poca frecuencia en el discurso espontáneo de los usuarios estadounidenses de la lengua.

Al tratar sobre el español en los EE. UU., se nota fuera del país, y sobre todo en la prensa española, un tono de viso triunfalista, señalándose los grandes índices demográficos que hemos notado, y coyunturas puntuales como por ejemplo la inesperada aparición de la lengua en debates presidenciales, o su uso frecuente en la publicidad en inglés, o en lo familiar que le resultan ya a muchísimos estadounidenses no latinos palabras tales como ‘adiós’, ‘bodega’, ‘cojones’, ‘más’, ‘nada’, ‘patio’, ‘piñata’, ‘sí’, ‘taco’, y un largo etcétera. Aunque esta tendencia a cantar victoria no deje de tener cierta justificación, convendría contrapesarla recordando que la vida del hispanohablante estadounidense suele ser extremadamente ardua y laboriosa, y muchas veces precaria, y que, con respecto a su lengua materna, las entidades que suelen en otros países apoyar la extensión y estandarización de la lengua, y su mantenimiento transgeneracional, tienen relativamente poca vigencia en el entorno estadounidense.